

# Escribir se parece a sembrar

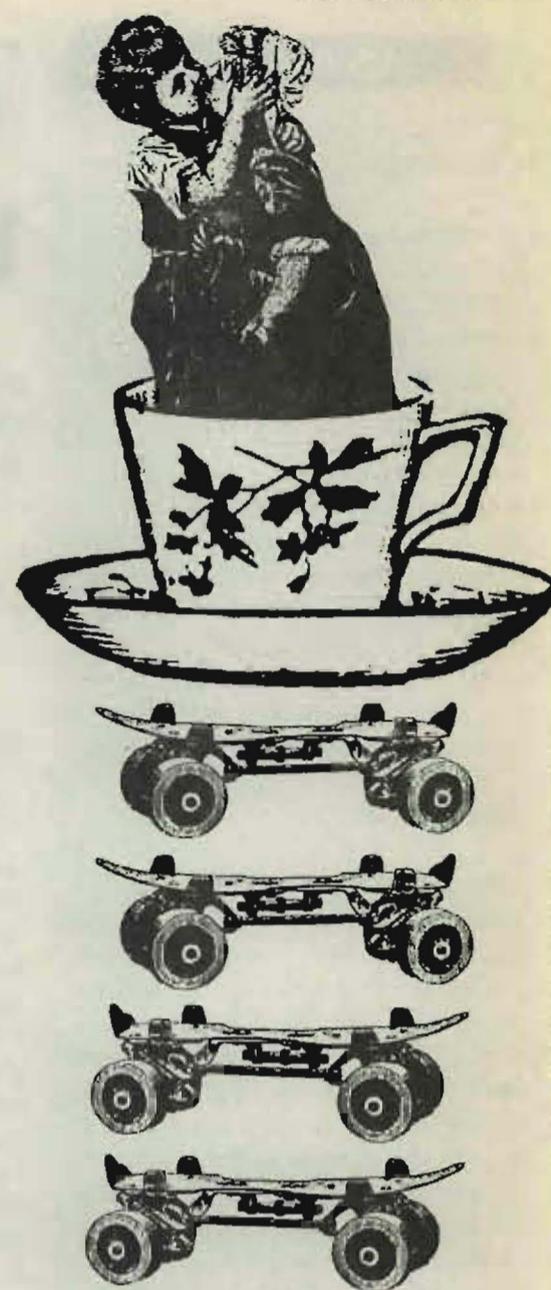
Cuando aprendimos a escribir el mundo se parecía a nuestra casa, a nuestros padres, a los objetos que nos rodeaban. Escribir era algo así como inventariar el mundo, poder dar existencia en las letras a lo más cercano. Ahora, cuando somos adultos, el entorno se vuelve aprehensible cuando lo capturamos en la escritura, pues la primera condición para comprender es llevar a nuestra mente los elementos necesarios para discutir. Cuando escribimos volvemos a ser niños desde nuestra adultez, recuperamos nuestra relación con lo cercano, creamos una situación para hacer inteligible nuestros sentimientos, observaciones y pensamientos para nosotros mismos y para los otros. Escribir es crear relaciones de comunicación.

Nuestro sistema educativo es todavía pobre en hacer de la escritura algo habitual y deseable, que conduce a la afirmación y desarrollo del conocimiento y la comunicación. Impulsar este interés en nuestras escuelas representa para el maestro la oportunidad de "soltar la mano" y pasar de la conversación y la clase a las letras como puente hacia el afianzamiento de su condición de intelectual que representa un saber, el saber pedagógico. Convertirse en interlocutor significa entablar una relación fluida, ganar un lugar en el espacio del otro, para ello es imprescindible la escritura. En

el proceso de encontrar en la práctica pedagógica objetos de investigación, hacer escritos cortos, críticos, observadores, propositivos, va generando un espacio donde se pueden asentar empresas complejas y fecundas. Escribir se parece a sembrar, nadie aprende agilidad para escribir si no se ejercita, hasta ser capaz de sostener el acercamiento a un objeto de investigación y llevar hasta el fin el análisis del mismo.

Igualmente, el maestro, conocedor del universo de ideas de los niños y jóvenes, de sus costumbres, su lenguaje, sus problemas, puede donar ese conocimiento a la ciudad, a sus compañeros de trabajo, a sus alumnos, construir una memoria de lo cotidiano en la escuela. Es posible escribir sobre muchas cosas: la lectura de un libro, la apreciación de una película, las conversaciones del recreo, las discusiones de los alumnos, las dificultades de aplicar un método, las inquietudes de los padres, en fin, sobre múltiples situaciones que se presentan en la escuela.

Nos hacía falta un lugar para echar a volar nuestras ideas y pensamientos. Ahora podemos imaginar que tenemos cometas para lanzar al espacio nuestras letras, como si se tratara de una fiesta donde siendo adultos seguimos inventariando el mundo con los ojos de los niños. El Magazín Aula Urbana espera que los maestros se apropien de su espacio.



## Más allá del cálculo y las matemáticas

Hernán Suárez

En 1965 se logró un consenso inesperado en materia educativa: la implantación de la doble jornada escolar. Las matemáticas y los cálculos de cada uno de los participantes lo hicieron posible. Su solo anuncio permitió hacer un despliegue de imaginación sobre el porvenir de la educación con doble jornada. Tal vez allí estuvo la clave de su "éxito": el número de establecimientos educativos se multiplicaría por dos. La cobertura educativa aumentaría, y de qué manera; los maestros laborarían menos tiempo y su salario se mantendría igual e incluso podrían complementarlo con algo de imaginación y astucia; los alumnos dispondrían de más tiempo para realizar sus tareas y dedicar más tiempo a la recreación, el deporte y el cultivo del espíritu; el menor tiempo de enseñanza sería suplido con más y novedosos métodos pedagógicos; se necesitarían más maestros y más directores (uno por cada jornada); los padres de familia (mejor aún las madres) podrían liberar su tiempo e intentar aumentar los ingresos familiares en el mundo laboral, todo era cuestión de organizar adecuadamente los horarios de las comidas y el transcurrir cotidiano; el Estado con menores inversiones podría mostrar inobjetables resultados en el cumplimiento de sus deberes sociales y, en especial, en el de desterrar la

ignorancia; al sector privado de la educación le resultaría pedagógico y lucrativo seguir el ejemplo de la educación pública; al sector editorial encontraría una verdadera mina: duplicaría, al menos, el número de cuadernos y útiles escolares y, por supuesto, la demanda de textos escolares. Se necesitaría duplicar las toneladas de leche y harina para garantizar la mogolla y la leche a los nuevos millares nuevos de escolares, Fecode crecería y, lo que es más importante, se fortalecería. Habría más y mejor mano de obra calificada, la cantidad se convertía en calidad.

Los campos de controversia eran muy pocos: la lucha de los maestros, los padres de familia y alumnos, por conseguir un cupo en la jornada de la mañana, a la cual se le atribuían míticas ventajas pedagógicas y cognitivas frente a la jornada de la tarde. Pocas medidas de transformación educativa han encajado tan rápido como esta. Transformado un solo factor, el tiempo de duración de la jornada escolar, todo lo demás vino rápidamente como por añadidura. Se tenía la certeza de que todos ganaban.

Treinta años después de implantada la doble jornada escolar tenemos el resultado: nuestro sistema escolar está produciendo una gran insatisfacción nacional: gobernantes, maestros, padres de familia, científicos

célebres, misiones especializadas en educación, García Márquez, todos al unísono, han coincidido en reclamar otra escuela y otra educación.

Hoy se quiere implantar la jornada única y nuevamente todos los sectores comprometidos apelan a las matemáticas y al cálculo, hacen cuentas, les angustia imaginar una educación de todo el día. El cálculo beneficia aconseja tornarse pesimista, colocar palos en la rueda. Las preguntas revolotean: ¿cuánto nos costará la parte física? se preguntan los ministros de Hacienda y Educación ¿A qué horas haremos las tareas?, se preguntan los jóvenes. ¿Cuántos directores quedarán sobrando? ¿Los planes y programas habrá que reformularlos? Como ayer, necesitamos desplegar la imaginación, pensar el tiempo y el espacio escolar de otra manera, incorporar nuestro propio cálculo e interés a esta renovadora tarea, hacer productivas nuestras inquietudes. Convertir las dificultades en retos. La clave está en remplazar las matemáticas por el álgebra, una disciplina más compleja, pero más eficaz a la hora de resolver problemas y, por supuesto, volver a soñar e imaginar como lo hicieron en su época quienes establecieron la doble jornada, única manera de empezar a construir la otra educación y la otra escuela que el país está reclamando.